

El hombre siguió de frente, y las sombras que inquietaban á Don Leonel desaparecieron como por encanto, y la calle volvió á quedar desierta.

Don Leonel hubiera de buena gana preguntado á su hermano lo que aquello significaba; pero se sentía embargado por cierta especie de respeto y de fascinación.

En el negro y sombrío muro de una casa, cuyos techos se desvanecían entre las sombras de la noche, había un cuadro embutido en la pared y que representaba la imagen de Cristo en la cruz. El cuadro estaba defendido de la intemperie por una especie de alero de tejado, hecho de madera, y del centro de este alero pendía un farol con un pequeño mechero de aceite, que proyectaba un corto círculo de luz vacilante y triste.

A un lado de este cuadro había una pequeña puertecilla.

El Padre Salazar se acercó á la puerta y dió un solo golpe, que resonó en el interior como en una bóveda.

—¿Quién?—preguntó un hombre por dentro.

—Uno y solo—contestó el padre Salazar.

Don Leonel le tiró de la capa como para hacerle notar que lo que decía no era verdad; el padre se volvió á mirarlo y se sonrió.

Entonces en la puerta se abrió un postigo pequeño y defendido por una reja y el ojo de un hombre asomó escudriñando curiosamente á los que le llamaban.

—¿Tenoxtitlan?—preguntó al través de las reja, el portero.

—Libre—contestó Salazar.

El postiguillo se cerró, y sonaron los cerrojos abriéndose la puerta.

El padre Salazar penetró, seguido de su hermano, por un

## IV.

A dónde llevaba el Padre Salazar á su hermano Don Leonel.

HABAN el toque de ánimas en todas las iglesias; la noche estaba oscura, y Don Leonel, siguiendo á su hermano, caminaban sin hablarse una palabra.

Cada uno iba preocupado con su idea.

Atravesaron gran parte de la ciudad, dirigiéndose á la calle de Ixtapalapa: al principio de su viaje encontraron muy pocos transeuntes; pero al llegar casi al fin de la calle de Ixtapalapa, por el lado del Sur, Leonel creyó observar algunos hombres ocultos unas veces en las cerradas puertas de las casas, recatándose otras en las esquinas.

Uno de estos hombres salió repentinamente y cruzó al lado de los dos hermanos; Don Leonel llevó por precaución la mano á la culata de uno de los pistoletes.

Pero aquel hombre pasó poniendo la mano en el ala de su sombrero, y diciendo cortesmente:

—Buenos días.

Don Leonel extrañó aquel saludo en medio de la noche, pero su admiración subió de punto cuando oyó contestar á su hermano:

—Dios los enviará.

largo y estrecho corredor, cuya bóveda repetía sordamente sus pisadas; en el fondo un farol mas bien deslumbraba con su pequeño rebervero, que iluminaba el camino de los dos hermanos.

Llegados al extremo de aquel corredor, tomaron á la derecha; aquel pasillo tenía la forma de una escuadra: una escalera escasamente iluminada los condujo al piso superior, y al llegar allí, Don Leonel comenzó á escuchar un murmullo semejante al que forman muchas personas conversando.

Habia despues de la escalera un pequeño corredor que terminaba en una gran puerta, al través de la cual se escuchaba el murmullo y se percibía luz.

El Padre llamó con un golpe, y de adentro le preguntaron:

—¿Quién?

—Uno y solo—volvió á contestar el Padre.

Como en la puerta de la calle, se abrió un postigo y se cruzaron entre el que llamó y el que abría las mismas palabras.

—¿Tenoxtitlan?—dijo el de adentro.

—Libre—contestó el de afuera.

Don Leonel comprendió que todas aquellas palabras eran una contraseña; se trataba indudablemente de una conspiración.

Se abrió la puerta y los dos hermanos penetraron en un gran salon, lleno de hombres de todas clases, pero entre los que podia notarse un gran número de eclesiásticos.

No hizo sino presentarse el Padre Salazar, y todos callaron y se pusieron en pié.

El Padre atravesó sereno en medio del concurso, y sin inclinár siquiera la cabeza, y seguido siempre de Don Leonel, subió á una especie de plataforma, en donde habia varios siales, tomó el del centro y se sentó, haciendo sentar á

Don Leonel á su derecha: entonces todos se sentaron.

El silencio era tan profundo, que podia haberse escuchado el roce de la atmósfera contra las paredes.

Don Leonel comenzó entonces á examinar el aposento.

Era una gran sala casi cuadrada; tenía en uno de los lados tres ventanas que estaban herméticamente cerradas, pero no solo con las puertas, sino con unas paredes hechas á lo que parecia recientemente, para evitar el que se observase algo desde afuera.

Viejas colgaduras, rotas y de color indefinible, cubrían las paredes, y adornaban la estancia toscos sillones forrados de cuero negro, y en los que á pesar de su vejez se advertían las señales de un blason.

Don Leonel examinaba todo con extrema curiosidad; pero de repente llamaron su atención tres cuadros que habia en el fondo de la sala: representaban esos cuadros á tres jóvenes, hermosas y ricamente ataviadas; las tres tenían entre sí una gran semejanza, y Don Leonel lo atribuyó á la preocupacion de su ánimo; pero aquellos retratos le trajeron á la memoria á Doña Esperanza; tenían á sus ojos un gran parecido con su prima.

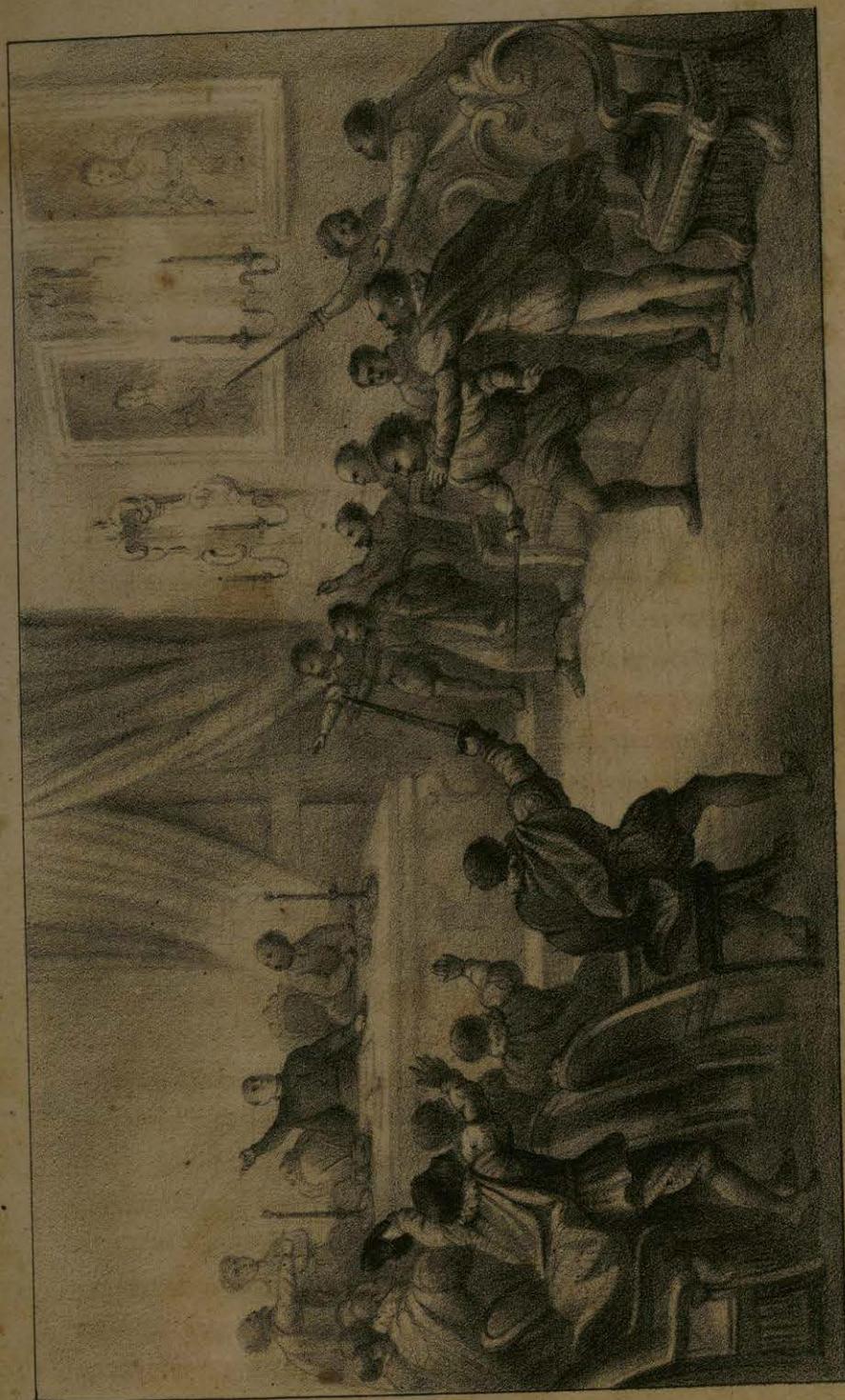
Absorto estaba en aquellos pensamientos, cuando escuchó que su hermano comenzaba á hablar.

Hasta entonces habia comprendido que se trataba de una conspiración, que su hermano parecia ser el jefe de ella, pero no mas.

Don Leonel se hubiera comprometido sin vacilar y sin preguntar nada, porque tenía un alto concepto de la inteligencia y de la honradez de su hermano; pero aquello, además, sin poderse dar cuenta él mismo de por qué comenzaba á interesarle sobremanera.

—Hermanos míos—dijo el padre Salazar.—Oyóse en to-

do el salon ese ruido que hace una gran concurrencia cuando se dispone á escuchar con atencion y sin perder una palabra de lo que va á decir el orador.—Llegados son ya los momentos de obrar; lo que la cabeza ha discurrido, lo que la inteligencia ha dispuesto, el brazo debe ejecutarlo: ya no mas palabras, ya no mas proyectos; obras, el corazon lo quiere, y Dios presta su ayuda á las buenas causas. Todo está preparado, oidme. En esta tarde ha llegado uno de nuestros hermanos á quien envia á Acapulco el valiente príncipe de Nassau con una poderosa escuadra holandesa; navega en las costas de aquella provincia, esperando el dia señalado para apoderarse del puerto; la guarnicion no podrá resistir, y nuestro triunfo es seguro: con gente de desembarco organizará una expedicion para venir en auxilio nuestro, trayéndonos armas y pertrechos de guerra; pero para que esto sea fructuoso, es preciso que casi al mismo tiempo se dé aquí el grito de independecia, y las circunstancias son favorables: estamos á 2 de Noviembre y mañana mismo debe hacer su entrada á México el marqués de Cerralvo, nombrado virey de la Nueva-España, y á quien acompaña el inquisidor de Valladolid Don Martin Carrillo, nombrado juez pesquisidor para las causas de tumulto contra el marqués de Gelvez: todos los ánimos de los que entonces tomaron parte, están temerosos y secundarán el movimiento que hagamos nosotros, por huir de la justicia; llegó, pues, el momento de obrar: el 5 de Noviembre debe atacar el puerto de Acapulco el príncipe de Nassau, y el 5 de Noviembre, aprovechando el desórden que causen las fiestas que prepara la ciudad al nuevo virey, debemos nosotros de dar el grito y levantar de nuevo el trono de Guatimoczin y de Motezuma Huilhicamina: Tenochtitlan libre, y libre el antiguo imperio de los aztecas.



LA CONJURACION.

Un relámpago de entusiasmo brilló en todos los ojos, pero nadie se atrevió á aplaudir.—El silencio era la vida de aquella reunion.

Don Leonel creia estar soñando.

—Os he dicho—continuó el Padre Salazar—que yo no podré por mi carácter ponerme al frente de vosotros; os he prometido un caudillo que tenga al trono los mismos derechos que yo, como descendiente del emperador Guatimoczin, y aquí le teneis: es mi hermano Don Leonel de Salazar.

Todos se pusieron en pié y extendieron silenciosamente el brazo derecho como en señal de asentimiento.

—Bien—dijo el Padre—reconocedle: y ahora dispersémonos, y recibireis como siempre las órdenes por los mismos conductos.

Toda aquella concurrencia fué desapareciendo por las diversas puertas de la sala, y poco despues no quedaban allí mas que Don Leonel, su hermano y un viejo que permanecia sentado en un sitial.

—El mismo soy.

—Esta tarde creí verte el pelo y la barba casi rojos.

—Son ardides de guerra necesarios en estas circunstancias.

—Bien; ¿y cómo te llamas?

—Martin de Villavicencio Salazar, por nombre de combate Garatuza, y pariente vuestro, á lo que supongo por lo que toca á mi apellido materno.

Don Leonel hizo un pequeño gesto de disgusto, pero su hermano permaneció impassible.

—¿Hablaste con el príncipe?

—No; pero un emisario suyo llegó á la costa, y de él he recibido las cartas y las razones que he traído á su señoría.

—¿El príncipe fijó como seguro el día del ataque á la plaza de Acapulco?

—Sí señor, el 5 de Noviembre.

—¿Visitaste la plaza? ¿viste su guarnicion, sus elementos de defensa?

El Padre Salazar hacia todas estas preguntas con el aplomo de un veterano, y Don Leonel le contemplaba admirado.

—Estuve en la plaza—contestó Garatuza;—apenas contará para resistir una hora con cien soldados y pocas municiones.

—¿Estás cierto de ello? ¿lo viste ó te lo han contado?

—Vilo yo mismo, que con el pretexto de pedir una misa que habia ofrecido reunir de limosna por haberme salvado la Virgen de un gran peligro, entré á todas las casas y exploré detenidamente con los oficiales.

El Padre Salazar quedó meditando en silencio; Garatuza comenzó entonces á examinar detenidamente todo el salon.

De repente Don Alfonso miró á Martin y le dijo:

—¿Estarás dispuesto á volverte para Acapulco tan luego como sea necesario?

## V.

Quién era el viejo que habló con los hermanos Salazar y de qué trataron.

—ACERCATE—dijo imperiosamente el Padre Salazar.

El viejo subió á la plataforma y se sentó al lado de Don Leonel.

—¿Estamos solos?—preguntó.

—Sí.

—¿Puedo descubrirme?

—Puedes.

—En ese caso, me permitireis que me quite algunos arreos de guerra que en verdad me estorban demasiado.

—Haz lo que te parezca—dijo el Padre Salazar.

Don Leonel contemplaba todo aquello con admiracion.

El viejo con gran calma comenzó por quitarse una enorme peluca de canas, debajo de la cual tenia unas cintas que sujetaban su blanca barba, que se desprendió tambien; su cuerpo adquirió el vigor y la gallardía de la juventud, y el individuo completamente transformado, hizo á los dos hermanos una caravana entre seria y graciosa.

—Estoy á vuestras órdenes.

—¿Eres tú el hermano que llegó de Acapulco con noticias del príncipe?—dijo el padre.

—Seguramente, que tengo por allá á mi familia, y nada me agradaría tanto como eso.

—Bien; entonces está preparado, porque de un momento á otro puede ser necesaria tu marcha, y no dejes de ir todos los días á buscarme para recibir las órdenes correspondientes.

—Entiendo.

—Puedes retirarte.

Martin con mucha calma volvió á sujetarse las barbas, se acomodó la peluca, y tomando el aspecto de un viejo, salió de la sala como vacilando, y comenzando á representar su papel delante de los mismos que sabían que no era lo que aparentaba.

—Y bien, hermano—dijo Don Alfonso luego que quedaron solos;—¿qué te parece todo esto?

—Paréceme—contestó Don Leonel—que te hubiera sentado mejor el talabarte y la ropilla que la sotana y el rosario, que dotes tienes para haber sido un experto general, mas que un ejemplar obispo.

—Las circunstancias hacen á los hombres; pero dejando eso, que poco á cuento viene, deseara saber tu opinion sobre lo que has visto y acerca de los acontecimientos que se preparan.

—Poco he visto; pero á ser verdad cuanto aquí se ha dicho, y á poderse contar con la lealtad y el valor de los comprometidos, en duro trance podrán verse en esta tierra los servidores del rey de España.

—Tal creo.

—En cuanto al éxito que esto pueda tener, dudoso es como todos los lances de guerra, que la suerte decide mas que el valor y la pericia de los generales; pero los elementos que comprendo que existen son buenos.

—¿Es decir que tú no vacilas en ponerte á la cabeza de todos los hermanos?

—¿Vacilar? Aun cuando contárais con la cuarta parte de lo que teneis, aun cuando tuviese yo la seguridad de sacrificarme inútilmente, no vacilaría un solo instante en ponerme al frente de los hombres que van á luchar por la conquista de su dignidad: demasiado he sufrido desde que llegué á México, demasiado comprendo ya lo que quiere decir esa palabra «criollo,» que llevo escrita en mi frente con letras de fuego, para vacilar un momento siquiera: la muerte es preferible al desprecio y á la deshonra; digo como vosotros, desde hoy que os he conocido: Tenoxtitlan libre!

Don Alfonso contemplaba con los ojos húmedos de placer el creciente entusiasmo de Don Leonel, y cuando éste acabó de hablar, no pudo resistir y le tomó la mano.

—Bien, hermano mio, bien; digno eres de la noble sangre de nuestra madre, digno eres de ser un descendiente del ilustre Guatimoczin: Dios te dará su fuerza; quizá seas llamado á dar libertad á esta tierra, arrojando de aquí los extranjeros que la oprimen.

—Pero pensemos ahora algo en los preparativos de ese día tan deseado: ¿con cuántos hombres podemos contar?

—Con tres mil decididos, sin hablar de los indios, de los negros, de los mulatos, y aun de los españoles que comprometidos en el negocio del tumulto, seguirán, aunque no sea sino por propio interés, nuestra bandera.

—¿Teneis armas suficientes?

—Todos nuestros hermanos están armados y construyen todos los días cartuchos para sus arcabuces y mosquetones; esto es lo bastante para dar aquí el golpe: despues el príncipe de Nassau nos proveerá; tengo por escrito la palabra de S. A. y no faltará á ella.

Don Leonel quedó meditando.

—¿Y si faltara?—dijo despues de un rato de silencio.

—Respondo de S. A. con mi vida: primero faltarian nuestros afiliados á su compromiso, que el príncipe de Nassau á su palabra.

En todo caso, valor y constancia—dijo Don Leonel.

—Que esa sea tu divisa—exclamó detrás de los hermanos una voz dulce y melancólica.

Don Alfonso y Don Leonel se pusieron en pié, pero Don Alfonso como quien mira entrar á una persona á quien espera, y Don Leonel como admirado de aquella aparicion.

Era una dama alta, enlutada y cubierta con un velo tan tupido, que no permitia ni entrever siquiera el brillo de los ojos.

—Sentaos—dijo la dama descubriéndose.

—Doña Juana de Carbajal!—exclamó Don Leonel conmovido.

—Nuestra tia—dijo Don Alfonso sencillamente.

Leonel dirigió la vista á los tres retratos, y no parecia sino que uno de ellos se habia animado, ó que Doña Juana de Carbajal habia servido de modelo.

—¿Habeis escuchado, señora?—dijo respetuosamente D. Alfonso.

—Todo lo he oido—contestó Doña Juana—y creo que pronto brillará el dia grande para los criollos.

Doña Juana se puso á mirar á Don Leonel, que no cesaba de pasar la vista de los retratos á la dama y de la dama á los retratos.

Veo y comprendo vuestra admiracion, Don Leonel, esos retratos que veis son de mi madre y de mis tias, Doña Leonor, Doña Isabel, y Doña Violante de Carbajal; nuestra familia conserva los rasgos fisonómicos de sus antepasados,

por eso observais esa semejanza y podeis admirarla tambien en mi hija Esperanza.

Don Leonel se estremeció al escuchar este nombre.

—Señora—preguntó indiscretamente—¿acaso esta casa es vuestra?

—Eso será una historia que sabreis mas adelante—contestó con dulzura Doña Juana.

Don Leonel calló avergonzado.

## VI.

En que el lector encuentra tres personas, que serán quizá conocidas viejas.

HACIA pocos dias que el rico caballero Don Pedro de Mejía habia hecho un acto de caridad que todo el mundo habia calificado como un milagro.—Esta era la historia.

Un domingo por la mañana al volver de misa, encontró Don Pedro en la puerta de su casa á un hombre que aunque al parecer jóven, estaba completamente estenuado por la enfermedad y la miseria.

Su rostro estaba cubierto por vendas que se cruzaban en todas direcciones, y es seguro que ni las mismas personas de su familia, si la tuviera, le hubieran conocido.

Su traje era solo un conjunto de girones, y por las roturas de su viejo calzado podian descubrirse sus piés sangrando y lastimados.

Aquel hombre debia haber pasado grandes trabajos y caminado muchas leguas á pié.

Al llegar Don Pedro, el hombre se acercó á pedirle una limosna y un asilo.

Mucho debió suplicar el uno y mucho debió conmovirse el otro, porque al fin Don Pedro dijo:

—En atencion no mas á que sois español, y á que tantos trabajos habeis sufrido, os permitiré que vivais unos dias en mi casa, á condicion de que restablecida vuestra salud, ó habeis de salir de ella si no estais capaz de trabajar, ó tomareis servicio en mi misma casa. ¿Os agrada?

El mendigo se atrevió á tomar una de las manos de Don Pedro y quiso llevarla á sus labios; pero Don Pedro la retiró con disgusto.

—Dejad. ¿Y cómo os llamas?

—Señor, despues de una gran desgracia que me aconteció y de mis grandes padecimientos, he hecho voto de llamarme Lázaro y olvidar el nombre que antes llevaba, hasta que Dios me saque de esta situacion y me vuelva á mi condicion primitiva.

—¿Erais rico?

—Y mucho.

—¿Noble?

—Y soldado del rey.

—¿De qué familia sois?

—Señor, ese es mi voto; pero os juro que á nadie, antes que á vos, descubriré el secreto el dia que sea llegado de decir lo que ahora por una penitencia oculto.

—Bien está, los votos son sagrados: seguidme.

Don Pedro de Mejía penetró en su casa, y el hombre caminando dificilmente, apoyado en un grueso y nudoso baston, le seguia.

—¿Hay algun cuarto por aquí abajo que esté vacío para alojar á este limosnero?—dijo Don Pedro á uno de los lacayos que andaban en el patio.

—Señor—contestó el lacayo—creo que hay una bovedita debajo de la escalera del segundo patio.

—Anda á mirar si es exacto eso.

El lacayo volvió poco despues.

—Señor—dijo—está vacía esa bóveda, pero tan húmeda que el agua brota casi en la tierra.

—No le hace, siempre este hombre estará mejor así que viviendo en la calle; llévale, y avisa que yo le he mandado poner allí.

El acayo hizo una seña al mendigo, que le siguió cojeando.

Llegaron al segundo patio, y debajo de una escalera habia una pequeña bóveda, una especie de sótano, oscura, húmeda, fria, casi sin puertas, porque se cerraba con unas tablas que apenas cubrian la mitad de su altura.

El interior estaba lleno de basura, y el salitre invadia las paredes carcomiéndolas: era una habitacion indigna de un perro.

Aquel sótano, aquella caverna, fué la habitacion que Don Pedro de Mejía dió al pobre mendigo; y aquel rasgo de generosidad inusitada en él, causó una gran admiracion entre la servidumbre y los conocidos de Mejía.

Don Pedro no era lo que se llama un avaro; gastaba el dinero con profusion en carruajes, en criados, en muebles, en comidas en fin, en todo lo que podia hacer agradable la vida; pero en cambio era incapaz de hacerle un beneficio á nadie, ni de tender nunca la mano á un desgraciado; su corazon endurecido por la codicia y la sensualidad, no guardaba ni un lugar para la caridad.

Mejía no mostraba tener intimidad mas que con Don Alonso de Rivera, del cual apenas se separaba; comian siempre juntos, y Don Alonso estaba al tanto de los negocios de Mejía quizá como él mismo.

Así pues, todo el mundo extrañó, en vista de todo esto, que Don Pedro se hubiera tan fácilmente prestado á dar asilo al mendigo.

El mendigo tomó posesion de aquella especie de cueva

sin manifestar la menor repugnancia, y mostrando, por el contrario, la mas profunda gratitud.

El primer dia aquel hombre no salió de su habitacion para nada; los lacayos, los palafreneros, y en general todos los criados, pasaron repetidas veces por la mal ajustada puertecilla, para saciar su curiosidad, para ver á aquel hombre; un lacayo mas atrevido que los otros, entró con el pretexto de llevarle algo de comer, y salió contando que le habia encontrado en oracion y como en un éxtasis.

Verdad ó mentira, esta noticia influyó de tal manera en el ánimo de aquellas gentes, que comenzaron á ver desde entonces al mendigo con cierto respeto, advirtiendo en él gran semejanza con San Alejo, de quien refieren las crónicas cristianas que siendo un caballero rico y noble, se ausentó de su casa el dia mismo de su boda, y volvió despues de muchos años, á vivir de limosna á su mismo palacio, sin descubrirse ni á su esposa, que le lloraba muerto.

La servidumbre desde entonces comenzó á llamar al mendigo, no Lázaro como él habia dicho, sino San Alejo, y la fama del hombre santo traspasó los muros de la casa de Don Pedro de Mejía, llevada entre mil absurdas y fantásticas concejas por los criados, que la esparcian en la plaza y en las tiendas, adonde concurrían por sus mercancías.

Don Pedro en nada se afectaba por la conducta de su único protegido, y apenas llegaban hasta él las noticias de su santidad; sin embargo, un dia comenzó á poner mas atencion á resultas de una plática que con él y Don Alonso de Rivera tuvo un amigo de ambos, Don Carlos de Arellano, alcalde mayor de Xochimilco.

Don Pedro y Don Alonso comian tranquilamente en la casa del segundo, cuando los criados anunciaron á Don Carlos de Arellano.

Don Carlos, que habia estado ausente de la capital y vi- viendo en su provincia, llegó, como natural era, ávido de noticias, y entre las pocas cosas que preocupaban entonces los ánimos, se encontró con la historia del misterioso santo que habitaba en la casa de Mejía.

Al encontrarse con él en la casa de Don Alonso, hizo Don Carlos recaer la conversacion sobre aquel hombre, excitando mas su curiosidad la ignorancia, para él fingida, de Don Pedro y de su amigo Rivera.

—No comprendo—decia Arellano á Don Pedro—cómo es que un rumor que circula por la ciudad de boca en boca, os sea desconocido, cuando casi no hay una persona que de esto no se ocupe.

—Será como decís—contestó Don Pedro;—pero asegurados puedo que á mi noticia ni tal rumor ha llegado, ni es fácil que le dé asenso, que en tiempos estamos en que casi parece imposible ver un santo.

—Refiérese—insistió Don Carlos—que el misterioso huésped de vuestra casa ha hecho, á lo que comprenderse puede, voto tan extricto de pobreza y humildad, que difícilmente se encontrará un ejemplo en la historia, pues que vive menos que como un hombre, y casi como un perro, mostrándose, sin embargo, ser caballero de noble alcurnia y que parece haber tenido próspera fortuna en otros tiempos.

—En cuanto á su humildad y á la vida que lleva—contestó Don Pedro—no dudo que será como decís; que en tal estado le he visto, que quizá no le habrá tan miserable en toda la Nueva-España; pero que esto sea por un voto ó por una desgracia, como sucederle puede á cualquiera, no respondo, y menos hasta asegurar que haya sido noble y poderoso.

—Dícese que él os lo dijo á vos.

—Sí que me lo dijo; pero no está el todo en que él me lo dijese, sino en que fuera cierto; que yo ni le creí, ni me curé tampoco de hacer que me rindiera informe de pureza de sangre: admitilo en mi casa, movido mas por lástima y como buena obra en descargo de mi conciencia y en abono de mis muchas culpas, que porque en él mirase un hombre de gran mérito y en olor de santidad; y si hablaros he la verdad, casi casi siento haberle dado asilo, que será quizás algun santón, haragan y mal entretenido, mejor que un hombre digno de compasion; y en un dia de estos le planto en la calle para que vaya á edificar á otra parte con sus virtudes.

—Mal haríais; y no seria yo quien tal cosa os aconsejase—dijo Don Alonso;—que creida como está por la gente semejante historia, quizá se os tacharia de hombre sin piedad y poco cristiano con semejante disposicion: ese hombre quizá no será culpable de que tales voces se hayan esparcido por la ciudad, y le aplicaríais una pena que no merecia él, sino los criados mismos de vuestra casa, que son los que deben haber esparcido estas noticias.

—Teneis razon—dijo Don Pedro;—pero en todo caso, bueno será vigilar á nuestro hombre para no perjudicarle sin razon ni permitirle que siga engañando con su falsa virtud.

La conversacion siguió entre los tres sobre diversas materias, y cerca ya de las oraciones de la noche, D. Pedro, acompañado de Don Alonso, llegó á su casa.

Preocupado con la idea del mendigo por la conversacion de la mañana, hizo llamar inmediatamente á su mayordomo para tomar informes; pero nada pudo sacar en limpio, sino que aquel hombre para nada semezlaba con los cria-